

Tecnología, Ética y Poder

Recuerdo como si fuera hoy cuando leí hace más de quince años un estudio que elaboró el Centre for Strategic Futures, una agencia dedicada a la prospectiva financiada por el Gobierno de Singapur. El Informe dibujaba posibles escenarios de futuro vinculados a los avances de la ciencia y la tecnología que se esperaban en este Siglo XXI.

Me llamó poderosamente la atención uno de los escenarios. En esencia, volvíamos a una Segunda Edad Media, en el que la sociedad optaba por quemar en la hoguera a los científicos y a sus libros, porque sus descubrimientos y avances, en vez de traer prosperidad y paz, nos habían dejado caos y destrucción.

Como ejemplos de los detonantes que podrían abrir ese escenario (el Informe era anterior a 2010) citaban una pandemia desatada por una fuga en un laboratorio biotecnológico (todavía no sabemos con certeza de dónde salió la COVID...), o nuevas armas de destrucción masiva, o que la Inteligencia Artificial se nos podía ir de las manos... O las combinaciones que se nos puedan imaginar de todos estos desastres.

Antes que nos lo dijeran los prospectivistas de Singapur, Kubrick ya nos había mostrado a HAL 9000 en “2001: Una Odisea del Espacio” (1968) o Robert Wise a los virus letales que traía un satélite artificial en “La Amenaza de Andrómeda” (1971). Ridley Scott nos presentó también a los replicantes en “Blade Runner” (1982) y Cameron a la red Skynet en “Terminator” (1984).

Qua en ocasiones el “progreso” nos puede asomar a lugares oscuros, lo estamos también viendo cada vez más claro con el impacto del cambio climático, o con la contaminación por los omnipresentes microplásticos, cuyos efectos en seres vivos todavía no conocemos en profundidad.

Mi director favorito, Christopher Nolan, se ha aproximado ya dos veces a esta temática. La primera en “Interstellar”: el cambio climático acaba con la producción agrícola y los supervivientes de las guerras por los escasos alimentos ponen todo su foco en tratar de sobrevivir, pegados a granjas. No quedan ya ciudades o industrias, volvemos al campo. Un retroceso a los tiempos anteriores a la revolución industrial, con los científicos de la NASA operando de forma clandestina (aunque en este caso, porque se habían

negado a utilizar su tecnología para diezmar la población mundial en las “guerras de hambre”).

La segunda referencia es mucho más directa. Nolan ha dicho que “Oppenheimer“ no es una película de época, sino una película sobre nuestro tiempo. En plena era de disrupción tecnológica, la historia del “padre de la bomba atómica” resuena con las preguntas urgentes sobre inteligencia artificial, biotecnología o cambio climático. ¿Quién decide? ¿Quién asume las consecuencias? ¿Qué pasa cuando el poder de transformar el mundo se adelanta a nuestra madurez para gestionarlo? ¿Saben los científicos que sus ingenios acabarán en manos de la política? ¿De personas como Donald Trump?

El Proyecto Manhattan fue un prodigio de gestión del conocimiento, atracción de talento, colaboración público-privada y enfoque a resultados. Pero también fue el germen de una nueva era de responsabilidad: la de quienes tienen en sus manos tecnologías que pueden alterar el rumbo de la humanidad.

En un momento como el actual, donde la inteligencia artificial o la biotecnología abren posibilidades tan poderosas como inquietantes, el dilema de Oppenheimer no es cosa del pasado. La pregunta ya no es solo si *podemos* hacer algo. Es si *debemos*, en qué condiciones, con qué salvaguardas, con qué propósito. Corremos mucho más rápido en la tecnología que en la madurez de nuestras instituciones y quienes las dirigen.

Ha pasado antes en la Historia. Pero nunca con tanto en juego, ni con un margen de error tan estrecho. Hoy corremos un riesgo mucho mayor: el de avanzar sin mirar atrás, diseñar sin deliberar, escalar sin digerir.

Reinventaría la carrera de “Filosofía, Política y Economía“ y la llamaría “Ética, Tecnología y Poder”. Para que el futuro no se juegue solo en los laboratorios o en los consejos de administración, sino en el liderazgo y la conciencia de quienes acierten en usar lo que ya sabemos y lo que estamos por descubrir, para el bien de todos.

Necesitamos formar a esas personas, que nos ayuden a atravesar este estrecho paso que la Humanidad tiene por delante...